

## EDWARDS, *EL ANFITRIÓN*. NOTA DE LECTURA

POR

MARCO ANTONIO DE LA PARRA

Escojo, para referirme a la obra narrativa de Jorge Edwards, la novela *El anfitrión*, pieza que considero insuficientemente comentada, su última producción de ficción, quizás su más desatada fantasía (*El museo de cera* nada más podría competirle) y donde emerge un aspecto suyo no conocido por sus lectores y sí por quienes hemos tenido la suerte de tenerlo como contertulio, compañero de viaje y conversador impenitente, su caústico e implacable sentido del humor.<sup>1</sup>

He leído dos veces esta novela. He sido dos lectores posibles en dos momentos distintos de MI historia y de LA historia.

La primera vez, en Santiago de Chile, en los años finales de la dictadura, cuando se abrió la colección Biblioteca del Sur (Edwards fue el primero de la serie) que anunció una nueva camada de narradores decididos a darle forma novelada al secreto relato chileno, bastante poetizado pero aún escasamente puesto en el terreno de pruebas de la novela, sin exponerlo a los desafíos de la estructura, los vaivenes del lenguaje, el largo alcance y la necesidad del argumento.

Eran años confusos, el aire vibraba cargado de ganas con la tensión propia del enfermo que sueña la salud como un paraíso pletórico, la pólvora daba menos miedo, se dejaba de escribir exclusivamente sobre espacios cerrados, la metáfora buscaba otras resonancias, el periodismo y la crónica comenzaban a hacerse cargo de la realidad. Años de cambio.

Confieso que me sorprendió el gesto en apariencia liviano, la sorna en el juego de citas, una suerte de Fausto revisitado a saco, sin piedad ni clemencia para ningún ejemplo literario. Me llamó la atención la crueldad con lo retratado, el propio Chile, y las metáforas usadas en ese juego de máscaras. Confieso una opinión dudosa, cierta irritación, la complicidad con las víctimas de tal broma.

La leí de nuevo ahora. En Madrid, en un cargo diplomático del nuevo gobierno chileno. Con la vida muy distinta. Algo había quedado dando vueltas dentro mío. Por los tiempos de esa primera lectura también me preocupaba el tema del cambio cultural, la intervención del diablo, el viaje como intriga, la parodia como alternativa al realismo que se había vuelto propaganda y comenzaba a rechinar como *kitsch* de izquierda. Corregía

---

<sup>1</sup> Jorge Edwards, *El anfitrión* (Santiago de Chile: Planeta, 1988).

una larga aventura santiaguina a través de barrios y boliches en medio de una secreta guerra santa entre el Bien y el Mal, el Cielo y el Infierno, Dios y el Diablo. Para Scheldrake no hay casualidades en la ciencia cuando se constatan los mismos hechos casi al unísono, en distintos laboratorios, en diferentes partes del mundo. Tampoco la hay en la literatura. El diablo había visitado Chile. La tentación faústica (el sueño narcisístico de la modernidad, qué duda cabe) se paseaba por nuestras narices. La cita no era cita sino recurso. Las imágenes no se escogían por azar sino por necesidad. Nuevos demonios emergían. Viejos ángeles de otrora se develaban con cuernos y cola, despellejados por el viento de los tiempos.

La leí de nuevo ahora, como dije.

Después de varios meses en España radicado en labores diplomáticas cumpliendo un destino común a muchos escritores chilenos, al mismo Edwards sin ir más lejos. La leí después de un breve viaje a Chile, un falso retorno, la primera vez que volvía a mi patria después de vivir afuera, la primera vez que era extranjero y no mero turista en España y era visita en Chile y no habitante.

Debo recordar que pertenezco a una generación que conoció el exilio de adentro, no el de afuera. Era muy joven el día del golpe militar para estar implicado y lo suficientemente mayor para enterarme perfectamente lo que estaba pasando y que me afectara. Cumplía 21 años en 1973 y sentí la regresión autoritaria como una infancia por decreto. La dictadura fue una suerte de larga adolescencia, prolongada en la inmadurez hasta la llegada de la democracia.

La lectura de *El anfitrión* esta vez provocó en mí otros crujidos. Berlín ya lo conocía, post-muro pero Berlín, y el texto me fue infinitamente menos ajeno. Vivir afuera ya era una costumbre y Chile podía ser una parición que delatase las deslealtades de la memoria.

Esta vez sus metáforas me tocaron. Incluso creí ver el intento inconsciente de Jorge Edwards, la utilización de la fantasía como humor, la cita como provocación velada, cierto profundo dolor bajo su risa que es al final el signo de los grandes humoristas. Cierta crítica a su propia estirpe, a su propio grupo, a sí mismo, sus ideas, su manera de ser, su sombra.

Entra ambas lecturas me había tocado viajar con él largamente por el Sur de Chile. El largo tren a Osorno, interminable y nocturno, una noche en vela entre Valdivia y Concepción a bordo de un bus, la húmeda travesía del río Calle-Calle bajo una lluvia inclemente, el vuelo de retorno a Santiago.

Ya lo conocía de libros y librerías, claro, en medio de esos tangenciales encuentros de los lanzamientos de escritores y las copas en casa de amigos comunes, maestros y condiscípulos. Sus crónicas en los diarios eran una guía a seguir en un arte cada vez mayor y más preciso que empezaba a practicar con afán y goce: el de columnista. Es eso Jorge Edwards es un maestro y ya lo sabe. Ahí supe de su capacidad de cuento, su anecdotario infinito, su coloquialidad desplegada a tope, su reflexión a caballo de la amenidad y la fábula.

Releído *El Anfitrión* se me revela.

No sé si entré en un lugar destacado de la historia de la literatura pero sus apuestas me interesan sobremanera.

Narración tramposa, aparentemente cómica, oblicua, pseudofantástica. El terror, propio de la fantasía elaborada, del género que pretende el choque de dos lógicas, se rinde ante el juego de lo maravilloso, más cerca de los hermanos Grimm que de Poe o de Potocki.

Y en cuanto al humor, no provoca risa, más bien una sonrisa, pero incómoda. Tal vez ahí la mezcla con el terror travestido en cuento de hadas genere el tono agrisado de esta fábula. Lo maravilloso encubre lo fantástico y promueve soluciones de continuidad entre el mundo de lo aberrante y lo cotidiano estableciendo una suerte de extraña niebla, de desagrado intrínseco, el mismo que debe haber provocado el retrato de Dorian Gray, el retrato mismo, digo, no el libro ni el personaje, a quien lo mirase, cargando con los horrores de su retratado.

De partida el lenguaje escogido es un riesgo. Profusión de chilenismos, chilenización del castellano que se profundiza en el exilio donde he encontrado momias del habla, chistes arcaicos, una manera de entender el idioma como zona de pavaseo e insinuación elíptica que me retrotraía hacia un pasado no sé si muy glorioso de liceos fiscales y sueños de clase media de la República de Chile de antes de.

Novela anti-nostálgica, el habla seleccionada, terriblemente chilena, realiza una operación de exorcismo, una especie de submarinismo del desacierto y la oblicuidad, de la confusión y el desatino, mostrando todas las oblicuidades y elipses de nuestra comunicación, los pliegues donde se anida el temor y el extravío, la pequeñez pública y la soberbia privada de nuestro pueblo. El lenguaje de perfil, como huida antes que acercamiento. Tocata y fuga, evasivo, nuestro pueblo habla de lado, como caminan los perros.

Su argumento, el relato en primera persona de Faustillo Joaquín Piedrabuena (el apellido ya cabalga en *Los convidados de piedra*), un exiliado en Berlín Oriental de endeble convicciones interiores y férreas decisiones en el exterior, que se ve capturado por un extraño y diabólico sujeto, al estilo del Lucifer de Bulgakov o del demonio de Raúl Ruiz, ese prodigioso cineasta chileno que nadie ha visto y todos conocen, en un filme devorado en pleno gobierno de la Unidad Popular, desafiante y medio proscrito, que se llama *Nadie dijo nada*. Si Edwards lo ha visto que levante la mano, si no es así pensemos en el inconsciente colectivo criollo. El demonio lo interpretaba Nelson Villagra, hablaba como argentino y había nacido en Antofagasta. Venía a buscar el alma de extraños y bohemios escritores chilenos. A cambio de su alma llevaba a un oscuro poeta al futuro que era un bar, una especie de club social que se llamaba EL FUTURO, donde el poeta comprobaba que su fama póstuma sería lograda por un cuento sobre el viaje de un poeta al futuro comprobando que su fama póstuma era por un cuento sobre el viaje de un poeta al futuro comprobando que su fama póstuma era por un cuento sobre el viaje de un poeta al futuro. Y así sucesivamente.

Este diabólico sujeto, Apolinario Canales, coge a Faustino, llevándolo de viaje en un aparato denominado *La Máquina* de regreso a Chile, por encima de todas las limitaciones elementales de espacio y de tiempo (clave del género), mostrándole el estado verdadero del recuerdo, la desilusión y el desengaño. Lo retrotrae a la condición latinoamericana desnudando de paso la trastienda del sueño pinochetista, la modernización total, la revolución silenciosa de los neo-liberales, enseñando la pobreza como testigo omnipresente del paraíso burgués, sabotado por la realidad que rompe todo principio de placer anunciado por las nuevas teorías económicas.

La visita de Faustino a Chile es pura caricatura, es grotesco desenfadado, es una mirada corrosiva a toda la parodia latinoamericana del progreso, a la identidad siempre subyacente y obstinada del continente americano, mestizo, maltrecho, apasionado, incluso hoy deja heridas, se deja leer apenas de lado, hay que tolerar su realidad arrojada sobre la mesa, zahiriente.

Esto es Chile, dice el Anfitrión. Y comienza el juego de círculos y metáforas de Edwards. Las metáforas de Chile. Y de estos tiempos a través de Chile.

Primero, Faustino como todo lector y *La Máquina* como toda novela, el viaje como la lectura y Apolinario Canales, el Anfitrión, como el mismo Jorge Edwards. Todo artista es un hereje, un imitador de dios, un impostor, un brujo. Edwards plantea una invitación a reconocer el exilio fuera de todo convencionalismo, sin condescendencias y sin el menor deseo de congraciarse con nadie. Los escritores suelen ser a menudo personas no gratas.

La elección de *La Máquina* como una suerte de helicóptero plantea un juego de similitudes con el animal mecánico que más pobló las noches de Chile durante los largos años de toque de queda. Esta máquina ambigua, revenida de represora en liberadora en la novela, conserva sus calidades amenazantes, su perfil sospechoso y al mismo tiempo esa cualidad totipotente de romper con las variables físicas que la hace penetrar de lleno en el mundo maravillosos, faltaba el terror, lo dijimos, cualidad immanente a lo fantástico. Pero el helicóptero citado lo rescata. Otro terror, no el del más allá, sino el del más acá, que de tan oscuro y carente de escrúpulos gana una sustante irrealidad. La que produce otra moral. La de la muerte desenfadada, la de pensar y hacer lo que nadie se atrevería. La que vivimos todos los chilenos. De tan real parecía imaginaria. Quizás por eso aún no podemos escribir sobre ella. Supera la pesadilla. Hace la verdad increíble.

Frente a este nivel opone todo el tiempo el verbo, el arrastrado lenguaje lleno de dichos y neologismos del chileno, utilizando el habla como un muro, como un foso donde se digieren medio en serio, medio en broma, las grandes emociones humanas. El chileno, esta vez Faustino, utiliza el lenguaje como trampa contra la realidad, se empantana en su mediocridad, escapa de la tentación, se acobarda. En chileno: *se apeguena, se acoquina*. No tiene coraje para cambiar la historia. Huye de la tentación de la fama.

Y ahí empiezan los temores. ¿Cuál es el verdadero chiste de Edwards? ¿Hacia qué lugar indómito y terrible nos pretende llevar su humor? ¿Cuál es el estilete de esa sonrisa? ¿Qué nos produce que se agría en la boca dejando un sabor ácido y salobre?

Uno de los temas claves de esta novela, si no de toda la obra de Edwards, es el de la crisis de la izquierda, el borronero del sueño socialista. El lenguaje, otra vez, es su terreno de pruebas. La coloquialidad del militante develada como tiro por la culata, la retórica como defensa contra el duelo y la conciencia de la derrota. Un aire kafkiano en su clave más humorística —la menos comentada del genio de Praga— visita la novela de vez en cuando suscitando sospechas de parentesco entre las dictaduras de acá y de allá de eso que llamaron la cortina de hierro. La perplejidad dolida y terrible de *persona non grata* se transforma en una broma amarga en *El anfitrión*.

Y me pregunto ¿Queda acaso otra salida que la broma amarga? ¿Hay algo en pie que justifique una posible seriedad que no sea sino ridícula, patética? ¿Hay otra actitud que no sea el escepticismo más completo? Berlín y Santiago de Chile, sus escenarios, son terrenos de cambio, de esperanza y, sobre todo, de replanteamiento de la historia, doloroso y total.

Edwards intenta en *El anfitrión* la crónica imposible, la metáfora que revele las zonas más desgarradas de un acontecer histórico que muchos quisieran disfrazar de fiesta pero oculta un dolor enorme. El fraseo del mefistofélico Apolinario Canales suena a broma, a arcaico discurso comprometido entreverado con las múltiples contradicciones del narrador. Hasta el pánico de Faustino, y su temor a ser capturado en medio de la angustiada y gris vigilancia de un Santiago intervenido, queda transformado en caricatura. Hasta el drama ha perdido su lenguaje. La piedad ha sido desterrada por el cliché y el sentimentalismo, la solidaridad huele a rancio, la pasión es un sueño del que ya despertamos con una fuerte resaca. Sólo el humor nos deja hablar de lo inhabilable.

Duele el Chile pintado por Edwards, provinciano, lleno de pintoresquismos, perdida la brújula de la identidad, desfigurado en una imagen que si bien exagerada huele demasiado a real como para dejar tranquila cualquier conciencia. Duelen las metáforas usadas.

El matrimonio de Faustino con una mujer entregada a la derecha tradicional es una imagen demasiado frecuente como para ser aceptada como verosímil. Ya lo dijimos. Es el peligro de la ficción: lo real es rechazado como imaginario y resulta caricatura. Lo trivial se ha vuelto espantoso. La costumbre provoca horror.

La novela está llena de tics de los tiempos de la dictadura: la desconfianza, el clandestinaje, la persecución, la vigilancia. Pero la desfiguración que les resta credibilidad está dictada de su mismo apego a la fórmulas de la realidad. Su naturalismo se vuelve fantasía.

Su hija Asunta representa amenazadoramente a una generación mal ubicada frente a cualquier consenso posible, atrapada en la desaveniencia absoluta de sus padres, en la imposibilidad de un auténtico discurso pacífico. Meterse en esa metáfora provoca miedo, pero esta intuición no está ausente de muchos escritores de estos tiempos en Chile. Una violencia latente, la que se mueve en esa juventud desangelada y muda, marginal a un proceso que deja muy poco espacio para los espíritus vírgenes al trauma histórico, los que no les quedó otra que padecerlo, los que no tienen coartada ideológica alguna para su miseria, los que no tienen sitio ni voz ni voto que sientan real, sólido, poderoso.

Metáfora cruel es la propuesta del diablo. Le ofrece la gloria política, le ofrece nada menos que la salvación del país a su cargo, le ofrece el liderazgo, la entrada en el carro de la victoria al fin de siglo. ¿Qué le pide a cambio? El precio más alto. No le pide el alma. ¿Quién cree hoy en día en el alma, neo-paganos todos? Le pide la identidad, le pide la memoria.

¿Qué quiere decir con esto el autor?

Parece que no se divisa otro camino para el espíritu en estos años. Parece que el triunfo sólo está abierto a aquéllos que renuncien a ser lo que son. El pasado se ha vuelto un estorbo. Bienaventurados aquéllos que dejen de tener perfil, límites, contundencia. La puerta está abierta para los mediocres, los traidores cotidianos, los desleales a sí mismos.

El humor parece estar ahí para suavizar verdades, para ocultar los arsenales, para esconder un atentado a la propia autoestima. Advertencia a todos los que fuimos, los que intentamos ser, los guerreros, los combativos, los comprometidos, los que creímos en el fin de los tiempos: hay que cambiar de nombre, ser otros, dejar la piel, no somos lo que fuimos.

*El anfitrión* cierra y abre el ciclo a punta de intuiciones fatales, de un porfiado alucinar, deja preguntas terribles bajo su fábula inocente, casi bonachona, más amena que otra cosa en primera lectura. Penaberlín, Santiago penando está. Nada es casual en su juego. Fue fáustico todo sueño totalizante, toda explicación sobre el destino de los pueblos, hubo manos del demonio que se reconocen en el estrépito del caer de las estatuas. La tentación ha sido siempre la misma; "... y seréis como dioses".

La última tentación es la de la definitiva deslealtad. Entregarse a la renuncia de todo lo hecho. Yo no era yo, era otro, todo fue un error, viví en el engaño. Todos fuimos engañados. Desesperada defensa de la desilusión masiva y total. Pero ¿qué otra salida cabe?

En el aire queda la sonrisa de Jorge Edwards, como la del gato de Cheshire, flotando como una media luna dentada con las comisuras hacia abajo, dejando que los demás nos preguntemos sobre la creciente incertidumbre, sobre la estación final de este tren a toda velocidad en que nos hallamos embarcados.

Porque, si no nos hemos dado cuenta, *La Máquina* nos está llevando.